

# El *Buscón* de Quevedo, la *Vida* de Pasamonte y el *Quijote* de Avellaneda

Alfonso Martín Jiménez  
Universidad de Valladolid

[*La Perinola* (ISSN: 1138-6363), 12, 2008, pp. 123-144]

En las páginas que siguen pretendo analizar las relaciones de intertextualidad existentes entre tres obras que circularon en manuscritos antes de ser publicadas: la *Vida y trabajos* del soldado aragonés Jerónimo de Pasamonte, *El Buscón* de Francisco de Quevedo y el *Quijote* de Alonso Fernández de Avellaneda<sup>1</sup>. Mi intención es mostrar que el manuscrito de la autobiografía de Pasamonte seguramente fue satirizado en un pasaje de *El Buscón* en el que Quevedo realizó una pintura satírica de un soldado; que Avellaneda se vio reflejado en ese personaje, y que, al escribir el *Quijote* apócrifo, dio respuesta a la burla de Quevedo, lo que vendría a confirmar, en conformidad con la hipótesis de Martín de Riquer<sup>2</sup>, que Avellaneda era en realidad Jerónimo de Pasamonte.

Para explicar adecuadamente las relaciones entre las obras mencionadas es preciso tener en cuenta la disputa literaria que se produjo entre Cervantes y Avellaneda, que se ha expuesto detalladamente en otros lugares<sup>3</sup>, y que podría resumirse así: Jerónimo de Pasamonte fue un soldado aragonés, natural del zaragozano pueblo de Ibdes, que en 1571 participó en la batalla de Lepanto, formando parte del mismo tercio que Cervantes. En 1574, cuando defendía la tunecina plaza de La Goleta, Pasamonte fue capturado por los turcos, sufriendo un largo cautiverio de dieciocho años, parte del cual pasó remando como galeote en las galeras turcas. Al ser liberado, regresó a España, y en 1593 hizo correr en manuscritos la primera versión de su autobiografía, titulada *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, en la que, al describir su participación en

<sup>1</sup> Sobre la importancia de la transmisión manuscrita en el Siglo de Oro, complementaria de la transmisión de las obras impresas, ver Bouza, 2001 y Martín Jiménez, 2006b, pp. 1-5.

<sup>2</sup> Ver Riquer, 1988.

<sup>3</sup> Ver Martín Jiménez 2001, 2002, 2004, 2005, 2005a, 2005b, 2005c, 2006, 2006a y Schlinder y Martín Jiménez, 2006.

la toma de la Goleta (1573), en la que no hubo auténtico combate debido a la huida de los turcos, trató de atribuirse un comportamiento heroico similar al que había tenido Cervantes en la batalla de Lepanto<sup>4</sup>.

Tras leer el manuscrito de la autobiografía de su antiguo compañero de milicias, Cervantes lo satirizó duramente en la primera parte del *Quijote*, convirtiendo al sufrido galeote de los turcos en el galeote Ginés de Pasamonte, al que presentaba como un condenado a las galeras reales por sus muchos delitos, y tildaba de cobarde, embustero y ladrón. Y para que no cupiera duda de a quién representaba su galeote, Cervantes le hizo autor de una autobiografía titulada *Vida de Ginés de Pasamonte*. Pero Cervantes no se contentó con infamar a Pasamonte, sino que realizó además una imitación meliorativa de su *Vida y trabajos* al componer la *Novela del Capitán cautivo*, también inserta en la primera parte del *Quijote*.

Antes de que fuera publicada en 1605, la primera parte del *Quijote* cervantino circuló en manuscritos, seguramente ya en 1603<sup>5</sup>, y en ella Cervantes no solo satirizó a Jerónimo de Pasamonte, sino que en su capítulo 48, en el que se recoge parte de la conversación entre el cura y el canónigo toledano, arremetió contra las comedias y contra la concepción dramática de Lope de Vega, realizando una dura crítica de las ideas expuestas por el Fénix en su *Arte nuevo de hacer comedias*, obra que también había circulado en manuscritos, y que Cervantes había leído antes de componer dicho capítulo<sup>6</sup>. Cuando Jerónimo de Pasamonte leyó la primera parte del *Quijote*, se vio en ella satirizado e imitado, por lo que decidió vengarse de Cervantes escribiendo el *Quijote* apócrifo, que firmó con el nombre falso de Avellaneda para no ser identificado con el galeote cervantino, y, tal vez, para ocultar su probable condición de fraile

<sup>4</sup> Como es bien sabido, Cervantes se encontraba enfermo de calentura cuando tuvo lugar dicha batalla, pese a lo cual, y desoyendo el consejo de su capitán, que le animó a quedarse en la cámara de la galera con los demás enfermos, se empeñó en pelear, recibiendo varias heridas en el pecho y en la mano izquierda, que le quedó inutilizada (motivo por el que se le conoce como «El manco de Lepanto»). El comportamiento heroico de Cervantes era bien conocido entre sus compañeros (entre los que se encontraba Pasamonte), como se desprende de los testimonios conservados de varios testigos (ver Sliwa, 1999, pp. 49-55). Y al describir la toma de la Goleta en su autobiografía, Pasamonte se pintaba como un enfermo de cuartanas o calenturas que, sin hacer caso a su capitán, quien le aconsejó que se quedara con los enfermos, se empeñaba en pelear: «Y me acuerdo que el día que tomamos el arenal de La Goleta con buena marea, me tenía la cuartana; y yo, armado con mi coselete y pica, con el terrible frío hacía crujir mis guazamalletas. El capitán, que me vio, me hizo subir del esquife. Yo dije: “¿Por qué?”. El me dijo que me quedase con los malos [enfermos]. Y me torné a arrojar al esquife. Y el alférez Holguin, mío, dijo: “Soldado tan honrado, déjenle ir”. Metiéronse los escuadrones terribles, huyéronse los moros y turcos de espanto y tomamos la ciudad sin pelear» (Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*, pp. 8-9. En adelante indico entre paréntesis el número de página). Ver además Martín Jiménez, 2005, pp. 58-60.

<sup>5</sup> Ver Martín Jiménez, 2006b, p. 40.

<sup>6</sup> Ver Martín Jiménez, 2006b, pp. 7-22. A su vez, Lope de Vega daría réplica a las críticas vertidas en el manuscrito de la primera parte del *Quijote* en el prólogo de *El peregrino en su patria*, obra publicada en 1604 (Martín Jiménez, 2006b, pp. 23-41). El *Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo* se publicaría en 1609.

bernardo del zaragozano Monasterio de Piedra<sup>7</sup>. Además, Jerónimo de Pasamonte tomó partido en la disputa que Cervantes mantenía con Lope de Vega, e hizo suya la defensa del Fénix al componer el prólogo y algunos otros apartados del *Quijote* apócrifo.

En la dedicatoria del *Quijote* apócrifo, dirigida «Al alcalde, regidores y hidalgos de la noble villa del Argamesilla de la Mancha, patria feliz del hidalgo caballero don Quijote...»<sup>8</sup>, se lee lo siguiente: «Reciban, pues, vuestras mercedes, bajo de su manchega protección, el libro y el celo de quien *contra mil detracciones* le ha trabajado» (194). El término *detracción* (‘acción y efecto de detraer’), remite, según el DRAE, al verbo *detraer*, que significa ‘Infamar, denigrar la honra ajena en la conversación o por escrito’; Avellaneda, por lo tanto, quiso denunciar en su dedicatoria que había sido infamado, y de manera muy grave, como denota la expresión *mil detracciones* que empleó para ponderar la afrenta, y dejó claro que su libro representaba una respuesta contra la difamación de que había sido objeto.

En el prólogo de su obra, Avellaneda se refirió expresamente a Cervantes: «Como casi es comedia toda la historia de don Quijote de la Mancha, no puede ni debe ir sin prólogo; y así sale al principio desta segunda parte de sus hazañas éste, menos cacareado y agresor de sus letores que al que a su primera parte puso Miguel de Cervantes Saavedra» (195). Y en dicho prólogo, Avellaneda sugirió los dos motivos fundamentales por los que proseguía la historia de don Quijote, denunciando que Cervantes había compuesto parte de su obra «con la copia de fieles relaciones que a su mano llegaron» (196), en clara alusión al hecho de que el manuscrito de la *Vida y trabajos* de Pasamonte, pasando de mano en mano, hubiera llegado a las de Cervantes, el cual se sirvió del mismo para componer la *Novela del Capitán cautivo*, y lamentando que le hubiera ofendido: «si bien en los medios diferenciamos, pues él [Cervantes] tomó por tales el ofender a mí» (196). Además, Avellaneda sugirió que la ofensa cervantina se había producido mediante la «ostentación de sinónimos [‘sinónimos’] voluntarios» (197), es decir, mediante el empleo premeditado y ostensivo de un nombre similar al suyo, como lo era el de Ginés de Pasamonte con respecto al de Jerónimo de Pasamonte<sup>9</sup>.

Así pues, Avellaneda indicó en su dedicatoria que escribía su obra contra la difamación de la que había sido objeto, y en su prólogo especificó que era Cervantes quien le había ofendido, por lo que no cabe duda de que su libro representa una respuesta contra un ataque cervantino. Y dado que su respuesta a la infamación consistió precisamente en la continuación de la primera parte del *Quijote*, resulta obvio que es en esa obra donde se le había denigrado, y que la escritura del *Quijote* apócrifo constituyó una réplica contra la sátira que Cervantes había he-

<sup>7</sup> Ver Martín Jiménez, 2005b, pp. 5-13 y Melendo Pomareta, 2006.

<sup>8</sup> Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Gómez Canseco, p. 193. En adelante cito la obra de Avellaneda por esta edición, indicando entre paréntesis el número de página.

cho de Jerónimo de Pasamonte a través de Ginés de Pasamonte y contra la imitación cervantina de la *Vida y trabajos* de Pasamonte.

Aunque en la portada del *Quijote* apócrifo figurara que había sido compuesto por «el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas» (187), Pasamonte dio a entender en el cuerpo de su novela cuáles eran su verdadera identidad y su auténtico lugar de origen. Para sugerir su nombre y su apellido, Avellaneda continuó el juego de los «sinónomos voluntarios» empleado por Cervantes, y se representó a sí mismo a través del soldado *Antonio de Bracamonte*, cuyo nombre y apellido presentan una estrecha semejanza con los de *Jerónimo de Pasamonte*. Además, Avellaneda adjudicó a su soldado unas cualidades y experiencias muy similares a las que Jerónimo de Pasamonte se había atribuido en su autobiografía<sup>10</sup>. Y en cuanto a su auténtico lugar de origen, Avellaneda lo dio a entender a través de un pequeño «lugar» innominado, situado a poco menos de cinco leguas del pueblo zaragozano de Ateca, al que llegan don Quijote y sus acompañantes, el cual presenta una importantísima particularidad: tiene dos alcaldes. Y uno de ellos, al ver a don Quijote vestido con «sayo de hierro», –es de-

<sup>9</sup> Ver Riquer, 1988, p. 120-125. Enrique Suárez Figaredo, quien defiende que Avellaneda fue en realidad Cristóbal Suárez de Figueroa (2004, 2006, 2006a, 2007, 2007a), propone otra interpretación diferente de la expresión empleada por Avellaneda («huyendo de ofender a nadie ni de hacer ostentación de sinónomos voluntarios»). A su modo de ver, el término *ostentación* puede relacionarse con la jactancia y la vanagloria que Cervantes hizo de sí mismo en el siguiente pasaje del capítulo XL de la primera parte del *Quijote*: «Sólo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dio palo [...], y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia» (Miguel de Cervantes, *Obras completas*, p. 278). Desde este punto de vista, los «sinónomos voluntarios» encubrirían a una persona real, pero no a Jerónimo de Pasamonte, sino al propio Cervantes, que se habría referido a sí mismo a través de la expresión «tal de Saavedra». En palabras de Suárez Figaredo, «Avellaneda reprochó a Cervantes el ensalzarse a sí y ofender a otros en su *Quijote* de 1605» (Suárez Figaredo, 2006a, p. 18). No obstante, la expresión «tal de Saavedra» no recoge un nombre o un apellido similar al de Cervantes, sino su mismo apellido, que aparecía estampado en la portada de la obra (*El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. Compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra*), mientras que los nombres de Ginés de Pasamonte y de Ginesillo de Parapilla o de Paropillo pueden ser considerados con propiedad «sinónomos voluntarios», ya que, sin ser idénticos al de Jerónimo de Pasamonte, guardan con él una relación de similitud.

<sup>10</sup> Juan Antonio Frago, que también identifica a Pasamonte con Avellaneda, pone en duda que el personaje literario de Antonio de Bracamonte constituya un «sinónimo voluntario» de Jerónimo de Pasamonte, basándose en la existencia de un soldado real del mismo nombre que sirvió en la Torre de Espelunca (Aragón) después de abril de 1613, al cual podría haber conocido entonces Pasamonte, y en el cual se habría basado para crear a su personaje (ver Frago, 2005, pp. 70-71). No obstante, y como he explicado en otro lugar (Martín Jiménez, 2006, pp. 403-404), el *Quijote* apócrifo seguramente se compuso antes de que Pasamonte pudiera haber conocido a ese soldado, el cual, por otra parte, no es el único personaje de ese nombre documentado en la época; y aun en el caso de que Avellaneda hubiera creado a su personaje literario inspirándose en el nombre de una persona real, eso no impediría que pudiera constituir un «sinónimo voluntario» de sí mismo.

cir, con su armadura-, compara su aspecto con el de unos «judiazos despavoridos» que hay en un «tablón» de la iglesia de su pueblo:

Entre los que allí a esto habían acudido, no habían sido de los postreros los dos alcaldes del lugar, uno de los cuales [...] le preguntó mirándole:

– Díganos vuesa merced, señor armado, para dónde es su camino y cómo va por éste con ese *sayo de hierro* y adarga tan grande; que le juro en mi conciencia que ha años que no he visto a otro hombre con tal librea como la que vuesa merced trae. Sólo en el retablo del Rosario hay un *tablón* de la Resurrección, donde hay unos *judiazos despavoridos* y enjaezados al talle de vuesa merced; si bien no están pintados con esas ruedas de cuero que vuesa merced trae, ni con tan largas lanzas (528).

Pues bien, en toda la comunidad de Calatayud solo había en la época un «lugar» que tuviera dos alcaides: se trata de la pardina de Somet, que dependía de Munébrega y de Ibdes (donde nació Jerónimo de Pasamonte), pueblos que nombraban sendos alcaides para regirla. Y en la iglesia de San Miguel Arcángel de Ibdes, en la que fue bautizado Pasamonte, todavía se conserva una enorme sarga o puerta lateral del retablo con una pintura de la resurrección de Jesucristo, en la cual destacan en primer plano las grandes figuras de unos soldados judíos con armaduras, aterrados al contemplar la resurrección. La escena fue pintada en la iglesia de Ibdes entre 1555 y 1557, cuando Jerónimo de Pasamonte era un niño, y coincide exactamente con la descripción realizada por el alcalde avellanedesco (que sería el nombrado por Ibdes, y se referiría a la iglesia de su propio pueblo). Por lo tanto, Pasamonte quiso describir en su obra su propio lugar de origen<sup>11</sup>.

El *Quijote* apócrifo circuló en manuscritos antes de ser publicado en 1614. Cervantes leyó el manuscrito de Avellaneda, así como la versión definitiva del manuscrito de la *Vida y trabajos* de Pasamonte<sup>12</sup>, y en varias de sus obras realizó continuas alusiones conjuntas a ambos manus-

<sup>11</sup> Ver Martín Jiménez, 2005b, pp. 25-26 y Melendo Pomareta, 2006, artículos en revistas digitales donde se ofrecen más detalles y se pueden ver fotografías de la pintura del retablo de la Iglesia de San Miguel Arcángel de Ibdes. A este respecto, Javier Blasco, quien defiende que Avellaneda pudo haber sido Baltasar Navarrete (ver Blasco, 2005, 2007), aduce que escenas semejantes fueron pintadas en otros muchos lugares, y recuerda que en la Diputación de Valladolid se conserva un cuadro con la misma escena de la resurrección, proveniente del altar mayor del desaparecido Hospital de la Resurrección de Valladolid, en el que se sitúa el diálogo de Cipión y Berganza en *El coloquio de los perros* (ver Blasco, 2007, pp. XXVII-XXVIII). Pueden verse fotografías de dicho cuadro, pintado en 1605 por Juan Pantoja de la Cruz, en Martín González, 1983, lámina CLX, y en <http://www.lasedades.es/testigos/busqueda.php?CAPI=PRIMERO&OP1=AND&TITU=&OP3=&AUTO=&OP4=&DATA=&OP5=&MATE=&OP6=&LOCA=&OP7=&ESTI=&OP8=&LUCE=&PAC=3>. No obstante, el cuadro de Pantoja de la Cruz no coincide con la descripción de Avellaneda, ya que los soldados que en él aparecen no llevan «sayo de hierro»; pero lo relevante no sólo es que la descripción de Avellaneda se ajuste totalmente a la escena del retablo de Ibdes (y no a la del cuadro del Hospital de la Resurrección de Valladolid), sino que dicha escena se sitúe en un «lugar» aragonés distante poco menos de cinco leguas de Ateca (como Somet), y que tal lugar tenga dos alcaldes. Todo ello indica de forma indudable que Avellaneda conocía perfectamente el pueblo natal de Jerónimo de Pasamonte y su entorno, y que quiso describirlo en su obra.

critos, dando a entender que pertenecían al mismo autor. Así ocurre en el entremés cervantino de *La guarda cuidadosa* (que lleva una fecha interna de 6 de mayo de 1611, la cual seguramente corresponde al momento en el que se escribió), y en el *Licenciado Vidriera* y en *El coloquio de los perros*, relatos insertos en el tomo de las *Novelas ejemplares*, cuya solicitud de aprobación está fechada el 2 de julio de 1612<sup>13</sup>. Pero fue en la segunda parte de su *Quijote* donde Cervantes quiso dar una réplica más directa a Avellaneda. Para ello, decidió imitar el manuscrito del *Quijote* apócrifo, por lo que la segunda parte del *Quijote* cervantino constituye una imitación meliorativa, satírica o correctiva del *Quijote* de Avellaneda. Asimismo, Cervantes denunció repetidamente y de forma expresa el origen aragonés de Avellaneda<sup>14</sup>, y sugirió su verdadero nombre a través de dos personajes indudablemente relacionados con el *Quijote* apócrifo, como maese Pedro-Ginés de Pasamonte y don Jerónimo.

En efecto, Cervantes volvió a incluir en su segunda parte a Ginés de Pasamonte, y lo disfrazó ahora de maese Pedro para dar a entender que Jerónimo de Pasamonte se había disfrazado de Avellaneda. Y Cervantes relacionó claramente a maese Pedro-Ginés de Pasamonte con el *Quijote* apócrifo al hacerle dirigir un retablo cuya representación era interrumpida por don Quijote, de igual manera que el don Quijote de Avellaneda había interrumpido otra representación en la obra apócrifa.

Cuando Cervantes llevaba avanzada la redacción de su segunda parte, en la segunda mitad de 1614, supo que el *Quijote* apócrifo había sido publicado, adquiriendo una categoría más preocupante, por lo que decidió referirse a él expresamente para criticarlo, lo que hizo en el capítulo 59. Y en ese momento proporcionó otro claro indicio sobre la identidad de su autor, ya que el personaje que entrega a don Quijote el libro de

<sup>12</sup> Pasamonte culminó la versión definitiva de su autobiografía el 20 de diciembre de 1603, y los días 25 y 26 de enero de 1605 le agregó dos dedicatorias preliminares. Ver Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*, pp. 5 y 72.

<sup>13</sup> Podemos suponer, por lo tanto, que Cervantes ya conocía el manuscrito de Avellaneda el 6 de mayo de 1611, y estar seguros de que lo leyó antes del 2 de julio de 1612. En algunas de sus novelas ejemplares, como *El licenciado Vidriera* y *El coloquio de los perros*, Cervantes se burló repetidamente de los dos manuscritos de Pasamonte (el de su *Vida y trabajos* y el del *Quijote* apócrifo), lo que explica que, en el momento de publicar su obra, Avellaneda realizara algunas modificaciones con respecto al prólogo del manuscrito original para referirse a la publicación (en 1613) de las *Novelas ejemplares* cervantinas, y que las calificara, muy significativamente, de «más satíricas que ejemplares» (195), dando así a entender que se había sentido satirizado en las mismas. Ver Martín Jiménez, 2005a y Schlinder y Martín Jiménez, 2006.

<sup>14</sup> En el capítulo 59, don Quijote hojea la obra de Avellaneda recién publicada y dice de ella que su «lenguaje es aragonés» (II, 59, p. 471); en el mismo capítulo 59, el narrador dice que don Jerónimo y don Juan «verdaderamente creyeron que éstos eran los verdaderos don Quijote y Sancho, y no los que describía su autor aragonés» (II, 59, p. 472); en el capítulo 61, al ser reconocido en Barcelona, don Quijote afirma lo siguiente: «yo apostaré que han leído nuestra historia y aun la del aragonés recién impresa» (II, 61, p. 477), y en el capítulo 70, uno de los diablos de la visión de Altisidora se refiere a «la *Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas» (II, 70, pp. 496-497).

Avellaneda recién publicado se llama, precisamente, don Jerónimo, el cual puede ser considerado otro «sinónimo voluntario» de Jerónimo de Pasamonte. De esta manera, a través de los personajes de don *Jerónimo* y de Ginés *de Pasamonte*, Cervantes dejó indicados en su obra el nombre y el apellido de su rival, *Jerónimo de Pasamonte*, indicando además su origen aragonés<sup>15</sup>.

Pero seguramente no fue Cervantes el único autor de renombre que se burló del manuscrito de la *Vida y trabajos* de Pasamonte, sino que también lo hizo Quevedo al escribir un pasaje de *El Buscón*. Me refiero a un episodio que figura en el capítulo tercero del libro segundo de dicha obra, en el que su protagonista, Pablos, yendo de Madrid a Cercedilla, se topa con un soldado que le acompaña en su viaje. Y aunque la figura del soldado es frecuente en la literatura de la época, todo indica que Quevedo, a la hora de realizar la pintura caricaturesca de su personaje, tuvo en mente varios aspectos descritos en el manuscrito de la autobiografía de Pasamonte.

El soldado con el que se encuentra Pablos «Iba en cuerpo y alma»<sup>16</sup> (es decir, vestía miserablemente y llevaba todas sus posesiones encima), de igual forma que el soldado Jerónimo de Pasamonte, tal y como describía en su autobiografía, se vio sumido en la pobreza, viéndose obligado frecuentemente a mendigar en sus viajes, como se observa, entre otros, en los siguientes pasajes: «y si hubiese de contar la necesidad del camino y trabajo y poca caridad» (32); «viéndome pobre y a pie» (39). El soldado de Quevedo lleva también unas «cajas de hoja de lata para papeles» (123), es decir, para guardar las certificaciones de sus servicios de armas. Y en su *Vida y trabajos*, que se originó como un memorial destinado al rey en el que describía los servicios prestados como soldado, Pasamonte se había referido repetidamente a sus «papeles» y a las «fees» o certificaciones de sus servicios: «por los muchos trabajos que vio en mis papeles que yo había pasado en Turquía» (38); «y quedarse con mis papeles» (38); «que me diese mis papeles» (38); «me mostró el memorial y los papeles de Turquía» (39); «me dijo sacase mis papeles de Francisco Ydíquez con alguna excusa» (39); «saqué los papeles y se los llevé [...]». Y de verdad que el señor don García de Toledo me firmó cuatro fees, porque el Lanz siempre hallaba excusas: «¡Oh, señor; en esta fe falta esto y en esta estotro!» (39).

El soldado quevedesco se refiere después a su penosa experiencia en la corte, lamentando «las supercherías que se hacen a un hombre de bien» (124) y el trato que reciben en ella los soldados: «y si pedimos entrenamiento, nos envían a la comedia, y si ventajas, a los jugadores. Y con esto, comidos de piojos y de güéspedes, nos volvemos en este pelo a rogar a los moros y herejes con nuestros cuerpos» (124). Y como Pablos replica «que en la Corte había de todo, y que estimaban mucho a

<sup>15</sup> Ver especialmente Martín Jiménez, 2005, pp. 175-258.

<sup>16</sup> Quevedo, *La vida del Buscón*, ed. F. Cabo Aseguinolaza, p. 123. En adelante cito la obra de Quevedo por esta edición.

cualquier hombre de suerte», el soldado contesta enojado: «¿Qué estiman [...] si he estado yo ahí seis meses pretendiendo una bandera, tras veinte años de servicios y haber perdido mi sangre en servicio del Rey, como lo dicen estas heridas?» (124).

La experiencia que relata el soldado es casi idéntica a la que había tenido en la corte Jerónimo de Pasamonte, el cual también se consideraba un hombre honrado sometido continuamente a los engaños y a las injurias de los cortesanos, como expone detalladamente entre los capítulos 40 y 43 de su autobiografía, en los cuales narra sus experiencias en la corte madrileña. En efecto, tras ser apresado por los turcos en la Goleta y sufrir un largo cautiverio de dieciocho años, Pasamonte fue liberado, y, después de llegar a su tierra aragonesa, en la primavera de 1593 se dirigió a pie a la corte para solicitar alguna recompensa por los servicios prestados como soldado y por el largo cautiverio experimentado a consecuencia de los mismos. Pasamonte cuenta al respecto lo siguiente: «se dio memorial a Su Majestad y salió remetido a Francisco Ydiazquez [el secretario real], a quien se dieron mis papeles, que eran todos los trabajos que atrás están escritos, con las jornadas y una fe del Señor don García de Toledo, autenticado y probado todo» (36). Con la promesa de que obtendría doscientos ducados de pensión sobre un obispado, volvió a Aragón para hacer los trámites que le permitieran ser eclesiástico, y, al no ver cumplidas sus esperanzas, se desplazó por segunda vez a la corte. Y como le ocurre al soldado de Quevedo, tras pasar medio año en la corte pretendiendo obtener su recompensa<sup>17</sup>, a Pasamonte se le ofreció una bandera: «Señor Pasamonte, [...] mire si quiere una bandera, que esta tarde se le dará, y si no quiere bandera y quiere ser capitán, estese quedo, y a la primera elección será metido al número de los capitanes» (39). Y la expresión que usa el soldado de Quevedo a propósito de la sangre vertida («haber perdido mi sangre en servicio del Rey») es muy similar a otra empleada por Pasamonte: «el haber derramado más sangre que algunos en servicio de mi Dios» (60).

El soldado de Quevedo va como pretendiente a la corte, como hemos visto, tras «veinte años de servicios» y con la esperanza de obtener un «entretenimiento» o algunas «ventajas», y Pasamonte, que fue a la corte en 1593, unos veintidós años después de comenzar su carrera militar en 1571, solicitó «un entretenimiento que lo pudiera gozar en Roma» (39), y, a pesar de las promesas recibidas, hubo de conformarse, finalmente, con una «ventaja»: «vino la cédula de Su Majestad con seis escudos de ventaja, con obligación de servir. Cuando yo vi esto, me vi tan aburrido que no sabía qué hacerme» (39). Así pues, y como le sucede al soldado de Quevedo, Pasamonte no logró satisfacer sus aspiracio-

<sup>17</sup> Como indica Martín de Riquer, y a tenor de lo expuesto en su autobiografía, Pasamonte debió de emprender su segundo viaje a Madrid en la primavera o el verano de 1594, y su estancia en la capital pudo prolongarse hasta principios de 1595, por lo que estuvo alrededor de seis meses en la corte como pretendiente (Riquer, 1988, pp. 37-38).

nes en la corte, y se vio obligado a servir como soldado, contra su voluntad, en el Reino de Nápoles.

El soldado de Quevedo muestra después sus heridas: «Estas me dieron [...], en servicio de Dios y del Rey» (125). Y Pasamonte también muestra las muchas heridas recibidas («le informé mi voluntad y mis muchos trabajos, y vio mis heridas» [39]), y se refiere a las penalidades padecidas «en servicio de su Dios y Rey» (38). El soldado de Quevedo anima a Pablos a que lea sus «papeles»: «Lea estos papeles...» (125). Y también Pasamonte da a leer sus «papeles» a otras personas: «¿Ha leído todas esas desgracias que me han sucedido en Turquía?» (37); «por los muchos trabajos que vio en mis papeles que yo había pasado en Turquía» [38]).

Pablos dice después lo siguiente del soldado: «Comenzó a sacar cañones de hoja de lata y a enseñarme papeles que debían de ser de otro a quien había tomado el nombre» (126). Estas palabras sugieren que Quevedo, al crear a su personaje, podría estar pensando en otro soldado, y, de hecho, las características del soldado quevedesco se ajustan en gran medida a las que describió de sí mismo Jerónimo de Pasamonte, cuya autobiografía estaría satirizando. El soldado quevedesco alaba sus propios méritos («que no ha salido en campaña, [...] hombre [...] tan señalado» [140]), y Pablos, tras leer sus «papeles», lo ensalza de manera burlesca: «dije mil cosas en su alabanza, y que el Cid ni Bernardo no habían hecho lo que él» (126). El pasaje parece encerrar una clara burla de la manera en que Pasamonte encarecía sus propios méritos en su autobiografía: «que en todo mi linaje (si bien habían sido secretarios y tesoreros del Rey Católico) no había quien tan honrosos trabajos hubiese padecido [...] como yo» (38).

El soldado de Quevedo dice después que se le conoce como el «Mellado» (126), y justifica así el apelativo: «¿No me ve la mella que tengo en los dientes?» (126). Y Jerónimo de Pasamonte describe así la herida recibida en los dientes en uno de sus intentos de fuga del cautiverio: «y un revés a los dientes que me cortó los de abajo y uno de arriba» (12-13). Pablos y el soldado se encuentran después con un ermitaño que les acompaña en su viaje hasta llegar a una posada en Cercedilla. El ermitaño les propone jugar a las cartas, y los deja sin blanca. Y el soldado se lamenta de esta forma: «entre luteranos y moros me he visto, pero no he padecido tal despojo» (129). Y Pasamonte dice haber «estado entre turcos, moros, judíos y griegos», (18), y juzga que hay «más embustes entre cristianos que entre turcos» (31).

Cuando Pablos, el ermitaño y el soldado se van a acostar, este último encomienda al hospedero «sus papeles en la caja de lata que los traía y un envoltorio de camisas jubiladas» (129). Y al amanecer, el hospedero lleva el envoltorio al soldado, olvidándose de los «papeles», y se dice que el soldado «hundió la casa a gritos pidiendo que le diese los servicios» (143). Jerónimo de Pasamonte también se refiere en su autobiografía a sus «servicios» como soldado: «los muchos y honrosos servicios y trabajos en servicio de mi Rey» (59). Y la burla de Quevedo se con-

suma cuando el hospedero trae tres bacines, diciendo lo siguiente: «He aquí para cada uno el suyo, ¿quieren más servicios?» (130). El hecho de confundir sus «servicios» con orinales indigna al soldado, el cual arremete contra el hospedero, «jurando que le había de matar porque hacía burla dél, que se había hallado en la Naval» (130), es decir, en la batalla de Lepanto, en la que también había participado Pasamonte («y a 7 de octubre, domingo, salido el sol, año 1571, dimos la batalla al turco [...] y gozamos con la ayuda de Dios la felicísima victoria» [8]), el cual se refiere a ella con la misma denominación: «cuando se dio la batalla naval del señor D. Juan de Austria» (35).

En suma, aunque el soldado quevedesco no representa directamente al autor de la *Vida y trabajos*, y tiene algunas características ajenas al mismo (como el haber llegado supuestamente a ser alférez, o el haber participado en las batallas de París y de Flandes), cabe pensar que, al crear a su personaje, Quevedo quiso realizar una caricatura satírica de la generalidad de los soldados de su época, pero para ello tuvo muy en cuenta varios motivos expuestos en la autobiografía de un soldado particular: Jerónimo de Pasamonte.

Desde luego, si Pasamonte llegó a leer *El Buscón* tendría motivos más que suficientes para sentirse retratado en la grotesca figura del soldado quevedesco. Y si es así, sería de esperar que hubiera dado algún tipo de respuesta a Quevedo. Y esa respuesta se produjo, como enseguida veremos, en el *Quijote* de Avellaneda.

Aunque *El Buscón* se publicó en 1626, es sabido que circuló muchos años antes como manuscrito. Avellaneda sin duda leyó dicho manuscrito, pues la influencia de *El Buscón* es notable en el *Quijote* apócrifo. En su edición de esta obra, Luis Gómez Canseco señala *El Buscón* como una de las fuentes de Avellaneda, e indica una serie de episodios del *Quijote* apócrifo en los que se advierte claramente la influencia de la obra de Quevedo:

La presencia de elementos picarescos en el *Quijote* de 1614 [el de Avellaneda] tiene una explicación inmediata en la imitación más que dilatada que su autor hizo de *El Buscón* de Francisco de Quevedo. La picaresca dejó su huella en un par de episodios agermanados, como las escenas carcelarias de Sigüenza, el ambiente que rodea la vida de Bárbara o hasta su misma cuchillada, elementos que, en buena parte, proceden directamente del *Buscón* de Quevedo. En lo que concierne a Bárbara, no hay que olvidar que el *per signum crucis* que lleva en la cara o la descripción de su entorno estudiantil vienen literalmente del *Buscón*, como también hay que atribuir a Quevedo la mención inequívoca de Escaramán. Tanto el escudero de Bramidán como el pícaro se visten burlescamente con una «calza de obra», y hasta la misma curación de don Quijote «con regalo de pistos y cosas conservativas y sustanciales» tiene su paralelo en don Pablos, al que en trance de enfermedad curan con «sustancias y pistos». Hasta el donaire de Sancho sobre el *don* pospuesto de su padre, Pedro el Remendón, procede de un chiste quevedesco: «Sólo el *don* me ha quedado por vender, y soy tan desgraciado que no hallo nadie con necesidad dél, pues quien no le tiene por ante, le tiene por postre, como remendón». La circulación manuscrita del *Buscón*, compuesto hacia

1604 e impreso en 1626, permitió que Avellaneda copiara con bastante fidelidad todos estos fragmentos, y, en especial, el de la lluvia de gargajos, que Pablos sufre en el capítulo XXIII por parte de unos estudiantes alcaíños, que el apócrifo transformó en zaragozanos<sup>18</sup>.

A estas coincidencias podrían añadirseles, entre otras, la descripción inicial del padre de Pablos, castigado con doscientos azotes y sometido a vergüenza pública, que tiene su correlato en el episodio del personaje que recibe igualmente doscientos azotes y es sometido a vergüenza en el *Quijote* apócrifo; el hecho de que tanto en *El Buscón* como en el *Quijote* apócrifo los asadores de cocina se usen como armas<sup>19</sup>; el que en ambas obras aparezca una moza gallega que trabaja en una posada o venta<sup>20</sup>; la relación de Pablos con la compañía de comediantes, que dejaría sus huellas en el encuentro del don Quijote avellanedesco con el autor de la compañía de comediantes<sup>21</sup>, o el hecho de que Pablos se convierta en galán de monjas, de igual forma que el protagonista del cuento intercalado de *Los felices amantes* del *Quijote* apócrifo trata de seducir a una monja<sup>22</sup>.

No cabe duda, por lo tanto, de que Avellaneda leyó con atención el manuscrito de la novela picaresca de Quevedo, el cual, como hemos visto, se burlaba de la autobiografía y de la persona de Pasamonte a través de la figura del soldado. Y teniendo en cuenta que tras el seudónimo de Avellaneda se escondió Jerónimo de Pasamonte, sería extraño que éste no hubiera dado algún tipo de respuesta a Quevedo al escribir el *Quijote* apócrifo.

<sup>18</sup> Gómez Canseco, 2000, pp. 133-134. Ver además Gómez Canseco, 2000a, p. 767. A propósito de las coincidencias entre la madre de Pablos y la Bárbara de Avellaneda, cabe señalar que la primera es tildada de «puta y hechicera» (61), y la segunda de «muy puta, vieja, bruja, hechicera» (524); que la primera dice volar por los tejados y entrar por las chimeneas («lo de cuando entré por la chimenea y os saqué por el tejado» [59]), y que a la segunda se la relaciona con las mismas prácticas: «¿quiere verse alguna noche volando por las chimeneas?» (601), y que ambas son castigadas a vergüenza pública por brujas. Además, en *El Buscón* cobra cierta relevancia el ama de la posada de Alcalá donde se aloja Pablos, que ejerce de alcahueta, y Bárbara, asimismo alcahueta, también es de Alcalá. En cuanto a los episodios de los estudiantes, Avellaneda no solo copia la escena de Quevedo, sino que llega a reproducir alguna de sus expresiones. Así, tras recibir la lluvia de gargajos que le arrojan los estudiantes alcaíños, Pablos recibe «un gargajo en los dos ojos» de un «bellaco», y afirma lo siguiente: «Quisieron tras esto *darme de pescozones*» (87); y dice el Sancho de Avellaneda tras recibir una lluvia similar de escupitajos por parte de los estudiantes zaragozanos: «me comenzaron a gargajear y a *darme de pescozones*, recibido aquel cruel gargajo con que [...] un grandísimo bellaco me tapó este pobre ojos» (563).

<sup>19</sup> Así, el personaje de *El Buscón* que admira la obra titulada *Grandezas de la espada* pretende enseñar a Pablos el arte de la esgrima con dos asadores («Deme los asadores, que no los quiero sino para esgrimir» [110]), y un ventero trata de defenderse del ataque del don Quijote de Avellaneda con un asador: «y cada uno tomó las armas que más cerca de sí halló. El ventero entró en la cocina y sacó un asador de tres ganchos bien grande» (281).

<sup>20</sup> Pablos narra lo siguiente: «Yo me recogía en mi posada [...]; subía una moza con la vianda [...] que era gallega» (213-214). Y estando el don Quijote de Avellaneda en una venta, se dice que «llegó una moza gallega» (271). Como hace notar Fernando Cabo en una anotación a su edición de *El Buscón*, «De Galicia eran oriundas, tópicamente, las mozas de las posadas» (214, nota 44), pero Avellaneda bien pudo tomar este motivo, como tantos otros, de Quevedo.

De hecho, las similitudes apuntadas entre *El Buscón* y el *Quijote* de Avellaneda no son las únicas destacables, pues hay otra clara coincidencia que resulta de gran interés: me refiero a la presencia en el *Quijote* apócrifo de una pareja de personajes formada por un soldado y un ermitaño, los cuales acompañan a don Quijote durante una parte de su viaje de Zaragoza hacia Madrid, de igual manera que Pablos era acompañado en el suyo hacia Cercedilla por otra pareja de personajes similar, también formada por un soldado y un ermitaño. Y este paralelismo, advertido desde antiguo por la crítica<sup>23</sup>, cobra ahora un nuevo interés, como veremos, al tener en cuenta quién era en realidad Avellaneda.

Si entre la pareja formada por el soldado y el ermitaño de Quevedo y la constituida por el soldado y el ermitaño de Avellaneda hay una clara correlación, también hay otra notoria diferencia. Quevedo, como hemos visto, dibujaba de forma satírica tanto a su soldado como a su ermitaño. Pues bien, Avellaneda invierte totalmente la valoración que había hecho Quevedo de su pareja de personajes, ofreciendo una pintura muy positiva de los mismos, y especialmente de su soldado, presentándolo como una persona digna y alabando sus muchas virtudes. Si el soldado de Quevedo era retratado como un pícaro fanfarrón y el ermitaño como un tahúr, el soldado de Avellaneda es discreto, noble, valiente y con notoria habilidad para contar historias, habilidad que comparte con el ermitaño avellanedesco, que se caracteriza por su acentuada religiosidad. Y si el soldado y el ermitaño de Quevedo se enfrascaban en una timba, el soldado y el ermitaño de Avellaneda se dedican a dialogar apaciblemente

<sup>21</sup> En *El Buscón*, Pablos se topa con una compañía de comediantes que viajan en tres carros a Toledo, entre los cuales iba un antiguo compañero suyo de Alcalá (por lo que esta villa se relaciona con los comediantes en ambas obras, ya que los comediantes de Avellaneda se disponen a representar en Alcalá). Pablos se concierta por dos años con el autor, y él mismo aspira «a ser autor» (213), y el personaje del autor cobra también gran importancia en el *Quijote* de Avellaneda. En *El Buscón* aparece una mujer que «hacia las reinas» (209), y en el *Quijote* de Avellaneda será la mujer del autor la encargada de «hacer el personaje de la reina» (595). Y si Pablos se queja de que cualquier representante lego de su compañía escriba comedias, y añora los tiempos en que solo se representaban las de Lope de Vega y Fray Alonso Ramón («que me acuerdo yo antes, que si no eran comedias del buen Lope de Vega, y Ramón, no había otra cosa» [210]), Avellaneda hace que sus comediantes ensayen «la grave comedia de *El testimonio vengado*, del insigne Lope de Vega Carpio» (595). Quevedo se había referido a la fama de Lope en otro pasaje anterior de *El Buscón*, en el que un clérigo poeta se preciaba de que «había estado en Madrid [...] cerca de Lope de Vega» (123), por lo que Avellaneda pudo pergeñar su idea de alabar a Lope al leer la obra de Quevedo.

<sup>22</sup> Incluso el error que comete Avellaneda al hacer que don Álvaro Tarfe regrese al final de la obra a Córdoba, como si fuera su lugar de origen («cuando dentro de ocho días, se volviese a Córdoba» [682]; «Cuando tuvo aprestada su vuelta para Córdoba» [705]), a pesar de que había sido presentado en el primer capítulo como caballero granadino, descendiente «del antiguo linaje de los moros Tarfes de Granada» (1, 66), podría deberse a la influencia de *El Buscón*, en uno de cuyos pasajes Pablos se hace pasar por «don Álvaro de Córdoba» (166).

<sup>23</sup> Ya Juan Millé y Giménez (1918) señaló las notables coincidencias entre los personajes del soldado y el ermitaño de Quevedo y el soldado y el ermitaño de Avellaneda. Ver además Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo*, p. 402, nota 1.

sobre teología: «y como eran agudos y estudiantes, pudieron fácilmente meterse en puntos de teología» (506). Por lo tanto, es obvio que Avellaneda corrige las características que Quevedo había atribuido a los personajes del soldado y del ermitaño<sup>24</sup>.

Pero lo más significativo es el nombre que Avellaneda otorga a su soldado, pues le llama Antonio de Bracamonte; es decir, le da un nombre muy similar al de Jerónimo de Pasamonte.

Ya hemos indicado que el soldado Antonio de Bracamonte constituye un «sinónimo voluntario» de Jerónimo de Pasamonte, a través del cual el aragonés quiso insinuar su verdadera identidad. Y no se trata solo de que tengan un apellido muy similar (y de que incluso compartan algunas letras en sus nombres de pila), ya que Avellaneda, además, atribuye al soldado Antonio de Bracamonte muchas de las características que Jerónimo de Pasamonte se adjudicaba a sí mismo en su autobiografía, valorándolas, al contrario de lo que había hecho Quevedo, muy positivamente. Así, Jerónimo de Pasamonte y Antonio de Bracamonte son soldados españoles de gran tamaño corporal, caminan a pie en sus viajes y son atacados por salteadores, se precian de su noble linaje, experimentan una extrema pobreza, presentan una herida de guerra en el hombro, conocen el latín y son aficionados a la teología. Además, Antonio de Bracamonte va acompañado por el ermitaño fray Esteban, y ese era el nombre de uno de los confesores de Pasamonte. Por otro lado, Antonio de Bracamonte es recogido en su casa por mosén Valentín, el cual tiene amigos clérigos, como Jerónimo de Pasamonte fue hospedado por el doctor Cabañas y regalado por sus amigos canónigos<sup>25</sup>. Pero sobre todo, Antonio de Bracamonte es relacionado expresamente con el galeote cervantino Ginés de Pasamonte.

<sup>24</sup> La relación entre el soldado de Avellaneda y *El Buscón* se acentúa por el uso que hace Avellaneda del motivo quevedesco de la toma de Ostende. En el primer capítulo del libro I de *El Buscón*, Pablos se encuentra con un arbitrista que propone una ridícula solución para acabar con el sitio de la ciudad flamenca de Ostende (cuyo asedio se prolongó durante tres años, hasta septiembre de 1604), consistente en chupar con esponjas el agua del mar para cortar su vía de abastecimiento. Avellaneda toma de Quevedo este motivo del sitio de Ostende, pero dándole otra significación: ahora es su soldado quien narra agradablemente los pormenores del asedio: «rogaron al soldado les contase algo de aquel tan porfiado sitio; el cual lo hizo así con mucha gracia, porque la tenía en el hablar, así latín como romance» (412). El paralelismo entre los dos episodios es notable; el loco arbitrista muestra a Pablos un dibujo del lugar: «sacando de la faldriquera un gran papel, me mostró pintado el fuerte del enemigo y el nuestro» (106); y también el soldado de Avellaneda pinta el fuerte de Ostende: «Mandó [...] tender sobre la mesa un ferreruero negro y que le trajesen un pedacito de yeso; y traído, les dibujó con él sobre la capa el sitio del fuerte de Ostende, distinguiendo con harta propiedad los puestos de sus torreones, plataformas, estradas encubiertas, diques y todo lo demás que le fortificaba» (412). Pero mientras que la ridícula propuesta del arbitrista provoca «una gran risada» (107) de Pablos, quien le tiene por loco rematado, el relato del soldado de Avellaneda «fue [...] de mucho gusto para mosén Valentín» (412). Así pues, Avellaneda se sirve del episodio quevedesco del loco arbitrista para ofrecer una imagen muy favorable de su soldado.

<sup>25</sup> Ver Martín Jiménez, 2005, pp. 112-120.

En efecto, al poco de que don Quijote conozca a Antonio de Bracamonte a las afueras de Zaragoza, llega Sancho, que se había quedado atrás, y se entromete en la conversación que su señor mantenía con el soldado. Éste, molesto por la intromisión de quien considera un extraño, se enfrenta a Sancho. El ermitaño intenta apaciguarles, el soldado muestra su intención de zanjar la disputa, y Sancho le pone entonces la siguiente condición:

Quiero, pues, antes, y es mi voluntad [...], ya que te me has dado por vencido, que vayas a mi lugar y te presentes delante de mi noble mujer y hermosa señora, Mari Gutiérrez [...]; y puesto de rodillas delante della, le digas de mi parte como yo te vencí en batalla campal. Y si tienes por ahí a mano, o en la faltriquera, alguna gruesa cadena de hierro, pónetela al cuello *para que parezcas a Ginesillo de Pasamonte* y a los demás galeotes que envié mi señor Desamorado, cuando Dios quiso fuese el de la Triste Figura, a Dulcinea del Toboso, llamada por su propio nombre Aldonza Lorenzo (405).

Así pues, Sancho pide al soldado Antonio de Bracamonte algo muy parecido a lo que, en la primera parte del *Quijote* cervantino, don Quijote había solicitado al galeote Ginés de Pasamonte tras liberarlo de sus cadenas, y establece una correspondencia expresa entre ambas peticiones, lo que relaciona de manera indudable a Ginés de Pasamonte con Antonio de Bracamonte, e indica que ambos personajes son «sinónimos voluntarios» de la misma persona, Jerónimo de Pasamonte, como sugieren de manera clara las palabras que Sancho dirige al soldado: «para que parezcas a Ginesillo de Pasamonte»<sup>26</sup>. Por lo tanto, podemos considerar que el soldado Antonio de Bracamonte constituye la réplica de Avellaneda a la figura de Ginés de Pasamonte.

Pero el soldado de Avellaneda no solo supone una respuesta a la burla que Cervantes había hecho de Jerónimo de Pasamonte mediante la figura del galeote Ginés de Pasamonte, sino también a la que había efectuado Quevedo a través de su soldado.

Tanto Cervantes como Quevedo escarnecieron a Jerónimo de Pasamonte, si bien la sátira de Cervantes fue mucho más directa e incisiva. En efecto, Cervantes sugirió claramente el nombre de la persona de la que se burlaba y el título de la obra que había escrito, pues la figura de Ginés de Pasamonte, autor de una autobiografía titulada *Vida de Ginés de Pasamonte*, remitía con nitidez a la persona real de Jerónimo de Pasamonte, autor de una autobiografía intitulada *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, de manera que todos aquellos lectores que conocieran el

<sup>26</sup> Es de advertir que la expresión «*y es mi voluntad [...] que*», usada por el Sancho de Avellaneda en el parlamento que dirige a Antonio de Bracamonte, calca la que empleaba el don Quijote cervantino en su petición a Ginés de Pasamonte y a los demás galeotes: «*y es mi voluntad*, que, cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongáis en camino y vais a la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso» (I, 22, p. 210). No cabe duda, por lo tanto, de que Avellaneda prestó especial atención al episodio cervantino en el que Cervantes hacía burla de Jerónimo de Pasamonte a través de Ginés de Pasamonte, y de que, al crear al soldado Antonio de Bracamonte, quiso dar una respuesta directa a ese episodio.

manuscrito de esta obra sabrían que Cervantes se estaba burlando de su autor. El soldado de Quevedo, sin embargo, no presentaba una relación tan evidente con Jerónimo de Pasamonte ni con su autobiografía, por lo que dicha relación podía pasar inadvertida a la generalidad de los lectores<sup>27</sup>. De ahí que Pasamonte –a quien la burla que Quevedo realizó de su persona, claro está, no le pasó desapercibida–, sintiera en mayor medida la afrenta cervantina, y dirigiera sus diatribas contra Cervantes<sup>28</sup>. No obstante, la creación del soldado Antonio de Bracamonte constituye una respuesta conjunta a Cervantes y a Quevedo.

Si al leer la primera parte del *Quijote* Pasamonte se vio retratado en la figura del galeote Ginés de Pasamonte, al leer el manuscrito de *El Buscón* también se vio reflejado en el personaje del soldado. Por eso, al escribir el *Quijote* apócrifo, Pasamonte quiso dar una réplica simultánea a Cervantes y a Quevedo. Para ello, creó una pareja de personajes formada por un soldado y un ermitaño correlativa a la de *El Buscón*, con la diferencia de que el soldado que representaba a Jerónimo de Pasamonte ya no era un personaje grotesco, sino todo lo contrario. Y a la vez, al atribuir a su soldado el nombre de Antonio de Bracamonte, y al asociarlo de forma indudable con el galeote cervantino Ginés de Pasamonte («para que parezcas a Ginesillo de Pasamonte»), Pasamonte creaba un «sinónimo voluntario» de sí mismo equivalente al Ginés de Pasamonte cervantino, si bien con unas características positivas que le diferenciaban de las de este personaje.

<sup>27</sup> En el primer capítulo del libro segundo de *El Buscón*, Quevedo introdujo un ridículo aprendiz de diestro o espadachín que admiraba la obra *Grandezas de la espada* («este libro [...] que se llama *Grandezas de la espada* [...] es muy bueno y dice milagros» [109]), cuyo título remitía claramente al *Libro de las grandezas de la espada*, publicado en 1600 por su enemigo Luis Pacheco de Narváez. Pero al crear la figura del soldado, Quevedo no indicó ni sugirió el nombre de Jerónimo de Pasamonte ni el título de su autobiografía, lo que hacía menos evidente la relación entre su soldado y el autor de la *Vida y trabajos*.

<sup>28</sup> Mientras que en el *Quijote* apócrifo no hay un ataque directo contra Quevedo, Avellaneda arremetió en su prólogo expresamente contra Cervantes: «éste [prólogo], menos cacareado y agresor de sus lectores que el que a su primera parte puso Miguel de Cervantes Saavedra, y más humilde que el que segundó en sus *Novelas ejemplares*. [...] y digo mano, pues confiesa de sí que tiene solo una; y hablando tanto de todos, hemos de decir dél que, como soldado tan viejo en años cuanto mozo en bríos, tiene más lengua que manos [...]. Y pues Miguel de Cervantes es ya de viejo como el castillo de San Cervantes y, por lo años, tan mal contentadizo que todo y todos le enfadan, y por ello está tan falto de amigos que, cuando quisiera adornar su libro con sonetos campanudos, había de ahijarlos, como él dice, al preste Juan de las Indias o al emperador de Trapisonada, por no hallar título quizás en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca» (197-199). Además, Avellaneda tachó a Cervantes de envidioso y recordó que estuvo encarcelado. Asimismo, en el capítulo IV de su obra, Avellaneda volvió a referirse al «castillo de San Cervantes», sugiriendo que Cervantes era un marido consentidor (ver al respecto las notas explicativas de Luis Gómez Canseco en su edición del *Quijote* de Avellaneda, pp. 260-262). Con todo, cabría pensar que, al escribir la comentada expresión de la dedicatoria del *Quijote* apócrifo («Reciban, pues, vuestras mercedes, bajo de su mancha protección, el libro y el celo de quien contra mil detraiciones le ha trabajado»), Avellaneda no solo estuviera pensando en los ataques de Cervantes, sino también en la chanza de Quevedo.

En definitiva, al escribir el *Quijote* apócrifo ocultándose tras el seudónimo de Avellaneda, Pasamonte dio réplica a la sátira cervantina y a la burla de Quevedo mediante el soldado Antonio de Bracamonte, a través del cual quiso presentar una imagen positiva de sí mismo que contrarrestara las ofrecidas por Cervantes y por Quevedo.

Y el hecho de que Avellaneda respondiera a la burla que Quevedo hizo de Pasamonte viene a ratificar que Avellaneda y Pasamonte eran la misma persona.

\* \* \*

Las conclusiones obtenidas pueden proporcionar nuevos datos sobre un asunto tan controvertido como es la fecha de composición de *El Buscón*. Aunque la obra se publicó por primera vez en 1626, la crítica tiende a señalar una fecha de elaboración muy anterior; así, Pablo Jauralde cree su composición cercana al año 1604<sup>29</sup>, y Fernando Cabo Aseguinolaza la supone en «la época [...] que va desde 1606 a 1613»<sup>30</sup>. Pues bien, la comprobación de que Quevedo satirizó la *Vida y trabajos* de Pasamonte y de que Avellaneda se vio influido por el manuscrito de *El Buscón* permite delimitar con mayor precisión la fecha de composición de esta última obra.

Hay que tener en cuenta, a este respecto, que Quevedo se burló de las experiencias narradas en la versión definitiva de la autobiografía de Pasamonte. En efecto, su primera versión, que fue puesta en circulación en 1593, alcanzaba hasta el capítulo 38, en el que Pasamonte narra su regreso al hogar tras la liberación del cautiverio. Y sus experiencias en la corte, que son el principal objeto de sátira de Quevedo, se describen, como hemos indicado, entre los capítulos 40 y 43 de la autobiografía, que formaban parte de la continuación o segunda parte de la misma. Pasamonte indica claramente el momento en el que culminó la versión definitiva del «libro de mano» o manuscrito de su autobiografía: «Acabé este presente libro en Nápoles, de mi propia mano, haciéndole copiar *de verbo ad verbum* y de mejor letra a los 20 de diciembre de 1603» (72). El encargado de copiarlo fue el Bachiller Domingo Machado, el cual escribió la siguiente apostilla en el manuscrito que se conserva:

Domingo Machado, bachiller en Sancta Teología por la Universidad de Salamanca, hago fe cómo yo he copiado este libro, y como teniéndolo yo a encuadernar en casa de un librero, fue dicho libro tomado por orden del

<sup>29</sup> Jauralde escribe al respecto lo siguiente: «La lectura de cualquiera de los textos que nos han conservado sugiere una redacción en torno a 1604. Esa fecha presta coherencia a los datos internos de la obra, minuciosamente analizados por críticos y editores: alusiones al famoso secretario de Felipe II, Antonio Pérez; broma sobre el sitio militar de Ostende; comentario sobre el éxito dramático de dos dramaturgos, Alonso Remón y Lope de Vega, o sobre poetas como Espinel y Padilla; referencia a la muerte de un conocido delincuente; variaciones en el valor de la moneda [...]. A mi modo de ver las conclusiones no se van a ir muy lejos del final de los años vallisoletanos para terminar una obra que pudo haberle tentado desde que leyó la primera parte de *El Guzmán de Alfarache* (1599) y observó la invasión editorial del *Lazarillo*» (Jauralde Pou, 2005, pp. 12-13).

<sup>30</sup> Cabo Aseguinolaza, 1993, p. 15.

Sancto Oficio y llevado al Episcopio desta ciudad de Nápoles, donde estuvo por espacio de cuatro meses a reveer, hasta que, no hallándose en él cosa contra nuestra fe ni contra las buenas costumbres, fue restituido a Jerónimo de Pasamonte, autor del dicho libro, dándole por libre de la falsa acusación que malsines le habían hecho, imponiéndole ser herético y haber escrito en él herejías y nigromancias, por donde le fue forzoso aparecer él ante el provisor y vicario general, y yo, como escritor y trasladador de dicho libro. Y porque todo es verdad, para memoria de con juramento confirmallo yo, cada y cuando que será necesario y para que dello conste, he hecho la presente, firmada de mi mano y nombre, que es fecha en Nápoles, a 14 de noviembre de 1604 (72-73).

Así pues, durante el año 1604 el manuscrito estuvo retenido un tiempo por la Inquisición, hasta que le fue restituido a su autor. Y el 25 y el 26 de enero de 1605, Pasamonte añadió dos epístolas preliminares, a modo de dedicatorias, a la copia de su autobiografía realizada por Domingo Machado. La primera de esas epístolas dedicatorias fue dirigida al Padre Jerónimo Javierre, al cual Pasamonte oyó predicar al volver de su cautiverio, durante la cuaresma de 1593, en la Iglesia Mayor de Calatayud, recibiendo una gran impresión, hasta el punto de que casi doce años después le dedicó su autobiografía, rogándole que tratara de poner remedio a los males de la cristiandad:

*Al Reverendísimo Padre Jerónimo Javierre, generalísimo de la Sagrada Religión de Santo Domingo, en Roma.*

Habiendo estado dieciocho años cautivo de turcos, me hizo Dios merced fuese restituido en tierra de sacramentos, y merecía por su gracia la primera cuaresma oír los sermones de Vuestra Paternidad Reverendísima en la iglesia mayor de Calatayud, y así me ha parecido persona muy digna, si bien yo indigno para dedicar este libro a persona tal [...]. Y así suplico humildemente por las llagas del Hijo de Dios se dé remedio a tantos daños como hay entre católicos, y sólo por esto he escrito toda mi vida y mi intención, sin pretender ni haber ninguna vanagloria. [...] De Capua, a 25 de enero de 1605 (5).

Al día siguiente, el 26 de enero de 1605, y hallándose también en Capua (Italia), Pasamonte culminó el manuscrito de su autobiografía al escribir la segunda epístola dedicatoria, dirigida «Al Reverendísimo Padre Bartolomé Pérez de Nueros, asistente de España en la Compañía de Jesús, en Roma» (5), el cual se había encargado de pagar el rescate de Pasamonte.

Como se desprende de la primera dedicatoria, el 25 de enero de 1605 Pasamonte desconocía que el destinatario de la misma, el Padre Javierre, ya no estaba en Roma, pues en diciembre de 1604 se había trasladado a Valladolid, donde residía entonces la corte, para ser confesor y consejero de Estado de Felipe III. Esta circunstancia lleva a Martín de Riquer a escribir lo siguiente: «Es de creer que, al enterarse de ello, el soldado aragonés le debió de remitir una copia de su libro a Valladolid»<sup>31</sup>. Por ello, es muy posible que el manuscrito de la versión definitiva de la *Vida y trabajos* de Pasamonte circulara después del 26 de enero de 1605 en Va-

lladolid, donde seguramente lo leyó Cervantes, y donde también pudo leerlo Quevedo, que entre 1600 y 1606 residió en la corte vallisoletana. En consecuencia, *El Buscón* hubo de componerse en una fecha posterior al 26 de enero de 1605, después de que Quevedo leyera el manuscrito de la versión definitiva de la *Vida y trabajos* de Pasamonte.

Pero no solo podemos colaborar a precisar una fecha límite anterior a la composición de la obra (*ab quo*), sino también una fecha límite posterior (*ante quem*). Para ello, es preciso tener en cuenta la indudable influencia de *El Buscón* en el *Quijote* de Avellaneda, y, sobre todo, que esta obra, editada en 1614, circuló en manuscritos antes de su publicación.

Para precisar cuándo pudo culminarse el *Quijote* apócrifo, hay que tener en cuenta que Avellaneda, en el inicio de su novela, hizo referencia a la expulsión de los moriscos aragoneses:

El sabio Alisolán, historiador no menos moderno que verdadero, dice que, siendo expelidos los moros agarenos de Aragón, de cuya nación él descendía, entre ciertos anales de historias halló escrita en arábigo la tercera salida que hizo del lugar del Argamesilla el invicto hidalgo don Quijote de la Mancha, para ir a unas justas que se hacían en la insigne ciudad de Zaragoza, y dice desta manera:

Después de haber sido llevado don Quijote por el cura y el barbero y la hermosa Dorotea a su lugar en una jaula... (207).

La orden de expulsión de los moriscos aragoneses se dictó el 29 de mayo de 1610<sup>32</sup>, por lo que el primer párrafo de la obra se escribió después de esa fecha. No obstante, y como han advertido algunos estudiosos, este párrafo inicial seguramente fue un añadido de última hora<sup>33</sup>. Lo más probable es que Avellaneda incluyera ese párrafo en el momento en el que se disponía a hacer circular su obra en manuscritos, para justificar que en ella aparecieran dos personajes moriscos (Álvaro Tarfe y el melonero de Ateca), a pesar de que ya se había publicado la orden de su expulsión. De hecho, el sabio Alisolán no es vuelto a mencionar en toda la obra, en la que se presenta a otro personaje, el sabio Alquife, como cronista de don Quijote. Todo indica que Avellaneda comenzó a escribir su obra antes de que se produjera la expulsión de los moriscos; que dicha expulsión tuvo lugar mientras la componía o al poco de culminarla, y que, antes de poner el manuscrito de su obra en circulación, se vio impelido a añadir ese párrafo inicial, en el que se indicaba que los

<sup>31</sup> Riquer, 1988, p. 50. Cabría conjeturar, incluso, que el propio Jerónimo de Pasamonte se trasladara a Valladolid, pues tenía dos buenos motivos para hacerlo: llevar personalmente su autobiografía al Padre Javierre y resolver sus asuntos en la corte, como había hecho anteriormente en dos ocasiones al regresar de su cautiverio. De hecho, en el *Quijote* de Avellaneda se alude al escabroso asunto Ezpeleta en el que se vio envuelto Cervantes, que tuvo lugar en Valladolid en junio de 1605 (ver Martín Jiménez, 2001, pp. 188-190), y tal vez Pasamonte tuviera noticia del mismo en ese hipotético viaje a Valladolid, donde podría haber puesto en circulación el manuscrito de la versión definitiva de su autobiografía, como había hecho circular su primera versión en la corte madrileña en 1593.

<sup>32</sup> Ver Riquer, 1989, pp. 55-58, p. 57, y Canavaggio, 1997, pp. 303 y ss.

<sup>33</sup> Ver Espín Rodrigo, 1993, p. 20; Pérez López, 2005, pp. 9-17.

hechos narrados habían acontecido con anterioridad a la expulsión<sup>34</sup>. Así, Avellaneda habría hecho correr el manuscrito del *Quijote* apócrifo poco después del 29 de mayo de 1610<sup>35</sup>.

Como hemos comentado, la influencia del manuscrito del *Quijote* apócrifo es patente en el extremés cervantino de *La guarda cuidadosa*. Y aunque dicho extremés se publicó en 1615, en el tomo de las *Ocho comedias y ocho entremeses nunca representados*, lleva una fecha interna de 6 de mayo de 1611, que seguramente corresponde al momento en el que se escribió, pues Cervantes acostumbraba a hacer coincidir las fechas internas de sus obras con el momento en el que las componía. En cualquier caso, podemos asegurar que Cervantes conoció y leyó el manuscrito de Avellaneda antes del 2 de julio de 1612, fecha de la solicitud de aprobación de las *Novelas ejemplares*, en algunas de las cuales, como se ha indicado, se observa con claridad la influencia del manuscrito de Avellaneda. En consecuencia, *El Buscón* de Quevedo seguramente se compuso antes de mayo de 1611, y, con toda certeza, con anterioridad al mes de julio de 1612, lo que permite precisar los términos *ab quo* y *ante quem* de su composición, situándola entre febrero de 1605 y junio de 1612. Y a esta fecha límite posterior habría que restar el tiempo que Avellaneda, después de leer el manuscrito de *El Buscón*, tardara en escribir el *Quijote* apócrifo y ponerlo en circulación, así como el tiempo que trascurriera posteriormente hasta que Cervantes leyera el manuscrito de Avellaneda y compusiera las *Novelas ejemplares*, lo que podría esquematizarse así:

PASAMONTE PONE EN CIRCULACIÓN EL MANUSCRITO DE SU *VIDA Y TRABAJOS* DESPUÉS DEL **26 DE ENERO DE 1605**



QUEVEDO LEE EL MANUSCRITO DE LA *VIDA Y TRABAJOS* DE PASAMONTE, COMPONE *EL BUSCÓN* Y PONE SU MANUSCRITO EN CIRCULACIÓN



AVELLANEDA LEE EL MANUSCRITO DE *EL BUSCÓN*, COMPONE EL *QUIJOTE* APÓCRIFO Y, DESPUÉS DEL **29 DE MAYO DE 1610**, PONE SU MANUSCRITO EN CIRCULACIÓN

<sup>34</sup> El párrafo en cuestión figuraba ya en el manuscrito del *Quijote* apócrifo, como demuestra el hecho de que Cervantes aludiera al mismo en varias de sus obras escritas con anterioridad a la edición de la obra apócrifa, como en *El coloquio de los perros*, en el inicio de la segunda parte de su *Quijote* (en el que Cervantes remedó el comienzo del manuscrito de Avellaneda) y en los primeros capítulos de esa misma segunda parte. Cabe descartar, por lo tanto, que dicho párrafo fuera añadido en el momento de la publicación del *Quijote* apócrifo en 1614. Ver Martín Jiménez, 2005, pp. 144, 156, 180-182 y 185-186.

<sup>35</sup> Ver Martín Jiménez, 2005, p. 144; 2005b, pp. 16-18.



CERVANTES LEE EL MANUSCRITO DEL *QUIJOTE* DE AVELLANEDA  
(SEGURAMENTE ANTES DEL **6 DE MAYO DE 1611**,  
PROBABLE FECHA DE COMPOSICIÓN DE *LA GUARDA CUIDADOSA*)



CERVANTES, HABIENDO LEÍDO EL MANUSCRITO DEL *QUIJOTE* DE  
AVELLANEDA, COMPONE *EL LICENCIADO VIDRIERA* Y *EL COLOQUIO DE LOS*  
*PERROS*, Y EMPRENDE LOS TRÁMITES DE PUBLICACIÓN DE  
*LAS NOVELAS EJEMPLARES* ANTES DEL **2 DE JULIO DE 1612**

### BIBLIOGRAFÍA

- Blasco Pascual, J., «Baltasar Navarrete, posible autor del *Quijote* apócrifo [1614]», en *Avance de las Actas del Congreso Internacional «El nacimiento del Quijote. A las orillas de Pisuerga bellas»*, Valladolid, Beltenebros Minor, *Avances*, II, 2005.
- Blasco Pascual, J., «Introducción» a A. Fernández de Avellaneda (Baltasar Navarrete), *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. J. Blasco, Madrid, Biblioteca Castro, 2007, pp. XIII-LXXXIX.
- Bouza, F., *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*, Madrid, Marcial Pons, 2001.
- Cabo Aseguinolaza, F., «Prólogo» a F. de Quevedo, *La vida del Buscón*, ed. F. Cabo Aseguinolaza, Barcelona, Crítica, 1993, pp. 1-52.
- Canavaggio, J., *Cervantes*, Madrid, Espasa-Calpe, 1997.
- Cervantes, M. de, *Obras completas*, ed. F. Sevilla, Madrid, Castalia, 1999.
- Espin Rodrigo, E., *El «Quijote» de Avellaneda fue obra del Doctor Cristóbal Suárez de Figueroa*, Lorca, Grafisol, 1993.
- Fernández de Avellaneda, A. de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. L. Gómez Canseco, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- Fernández de Avellaneda, A. de, (Baltasar Navarrete), *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. J. Blasco, Madrid, Biblioteca Castro, 2007.
- Frago Gracia, J. A., *El «Quijote» apócrifo y Pasamonte*, Madrid, Gredos, 2005.
- Gómez Canseco, L., «Introducción» a A. Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. L. Gómez Canseco, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 7-138.
- Gómez Canseco, L., «Índices de fuentes, refranes y relaciones textuales», en A. Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. L. Gómez Canseco, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000a, pp. 763-769.
- Jauralde Pou, P., «Introducción biográfica y crítica», en F. de Quevedo, *El Buscón*, ed. P. Jauralde Pou, Madrid, Castalia, 2005, pp. 7-37.
- Martín González, J. J., *Monumentos civiles de la ciudad de Valladolid*, en *Catálogo Monumental de la provincia de Valladolid*, Valladolid, Institución Cultural Simancas, 1983<sup>2</sup>.

- Martín Jiménez, A., *El «Quijote» de Cervantes y el «Quijote» de Pasamonte: una imitación recíproca. La «Vida» de Pasamonte y «Avellaneda»*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001.
- Martín Jiménez, A., «Cervantes imitó a Avellaneda», *Clarín. Revista de Nueva Literatura*, 7, 42, 2002, pp. 8-14.
- Martín Jiménez, A., «Cervantes versus Pasamonte (“Avellaneda”): Crónica de una venganza literaria», *Tonos Digital. Revista Electrónica de Estudios Filológicos*, 8, diciembre 2004, 30 pp., <http://www.um.es/tonosdigital/znum8/>.
- Martín Jiménez, A., *Cervantes y Pasamonte. La réplica cervantina al «Quijote» de Avellaneda*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.
- Martín Jiménez, A., «Cervantes sabía que Pasamonte era Avellaneda: la *Vida* de Pasamonte, el *Quijote* apócrifo y *El coloquio de los perros*», *Cervantes. Bulletin of The Cervantes Society of America*, 25, 1, spring 2005a, pp. 105-157, <http://www.h-net.org/~cervantes/csa/articos05/martinjimenez.pdf>.
- Martín Jiménez, A., «El lugar de origen de Pasamonte en el *Quijote* de Avellaneda», *Lemir. Revista de Literatura Española Medieval y del Renacimiento*, 9, 2005b, 32 pp., <http://parnaseo.uv.es/Lemir/Revista/Revista9/Revista9.htm>.
- Martín Jiménez, A., «De cómo Cervantes indicó que Avellaneda era el aragonés Jerónimo de Pasamonte (*Quijote*, II, LIX)», en José Manuel Oca Lozano (ed.), *La razón de la sinrazón que a la razón se hace. Lecturas actuales del «Quijote»*, Segovia, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2005c, vol. 2, pp. 405-412.
- Martín Jiménez, A., «De Avellaneda y avellanedas», *Edad de Oro*, 25, 2006, pp. 371-407.
- Martín Jiménez, A., «Cervantes, Pasamonte y el *Quijote* de Avellaneda», en E. Martínez Mata (coord.), *Actas del Coloquio Internacional «Cervantes y el «Quijote»*, Madrid, Arco/Libros, 2006a, pp. 333-346.
- Martín Jiménez, A., «El manuscrito de la primera parte del *Quijote* y la disputa entre Cervantes y Lope de Vega», *Etiópicas. Revista de Letras renacentistas*, 2, 2006b, [http://www.uhu.es/programa\\_calidad\\_literaria\\_amatoria/etiopicas/num\\_2/martin.pdf](http://www.uhu.es/programa_calidad_literaria_amatoria/etiopicas/num_2/martin.pdf), pp. 1-77.
- Melendo Pomareta, J., «Algunos hechos históricos en el *Quijote* de Avellaneda», *Tonos Digital. Revista Electrónica de Estudios Filológicos*, 11, julio 2006, 40 pp., <http://www.um.es/tonosdigital/znum11/>.
- Millé y Giménez, J., «Quevedo y Avellaneda. Algo sobre *El Buscón* y el falso *Quijote*», Buenos Aires, Helios (Separata), 1918, pp. 3-18.
- Pasamonte, J. de, *Vida y trabajos*, ed. J. M.<sup>a</sup> de Cossío, en *Autobiografías de soldados (siglo XVII)*, Madrid, Atlas, 1956, BAE, vol. 90, pp. 5-73.
- Pérez López, J. L., «Una hipótesis sobre el *Don Quijote* de Avellaneda: De Liñán de Riaza a Lope de Vega», *Lemir*, 9, 2005, 60 pp., <http://parnaseo.uv.es/Lemir/Revista/Revista9/Perez/JoseLuisPerez.pdf>.
- Quevedo, F. de, *La vida del Buscón*, ed. F. Cabo Aseguinolaza, estudio preliminar F. Lázaro Carreter, Barcelona, Crítica, 1993.
- Quevedo, F. de, *El Buscón*, ed. P. Jauralde Pou, Madrid, Castalia, 2005<sup>2</sup>.
- Riquer, M. de, *Cervantes, Passamonte y Avellaneda*, Barcelona, Sirmio, 1988<sup>36</sup>.
- Riquer, M. de, *Cervantes en Barcelona*, Barcelona, Sirmio, 1989<sup>37</sup>.
- Riquer, M. de, *Para leer a Cervantes*, Barcelona, Acantilado, 2003.

<sup>36</sup> Recogido con algunas adicciones en Riquer, 2003, pp. 387-535.

<sup>37</sup> Recogido en Riquer, 2003, pp. 283-385.

- Suárez Figaredo, E., *Cervantes, Figueroa y el crimen de Avellaneda*, Barcelona, Carrena, 2004.
- Suárez Figaredo, E., «Suárez de Figueroa y el *Quijote* de Avellaneda», *Lemir*, 10, 2006, <http://parnaseo.uv.es/Lemir/Revista/Revista10/SuarezFigaredo/SuarezFigaredo.pdf>, 40 pp.
- Suárez Figaredo, E., «Los “sinónomos voluntarios”: un reproche sin réplica posible», *Lemir*, 10, 2006a, <http://parnaseo.uv.es/Lemir/Revista/Revista10/SuarezFigaredo2/Sinonimos-Voluntarios.pdf>, 22 pp.
- Suárez Figaredo, E., «Cervantes, Avellaneda y Barcelona: la “venganza de los ofendidos”», *Lemir*, 11, 2007, <http://parnaseo.uv.es/Lemir/Revista/Revista11/01SuarezEnrique.pdf>, pp. 9-26.
- Suárez Figaredo, E., «Piedra, mano y tejado en el *Quijote* de Avellaneda», *Lemir*, 11, 2007a, [http://parnaseo.uv.es/Lemir/Revista/Revista11/04Suarez\\_Enrique\\_2.pdf](http://parnaseo.uv.es/Lemir/Revista/Revista11/04Suarez_Enrique_2.pdf), pp. 45-60.
- Schindler, C. M. y Martín Jiménez, A., «El licenciado Avellaneda y *El licenciado Vidriera*», *Hipertexto*, 3, invierno 2006, pp. 101-122, <http://www.panam.edu/edu/dept/modlang/Hiper3Martin.pdf>.
- Sliwa, K., *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra*, Pamplona, Eunsa, 1999.